

## CAPÍTULO II.

Oradores sagrados y varones insignes que florecieron en España durante la primera mitad de los siglos medios. Exámen y juicio crítico de sus trabajos, bajo el punto de vista de estos estudios.—Osio.—San Gregorio Betico, San Paciano, Obispo de Barcelona.—Pedro de Zaragoza.—C. Juvenco, Prudencio y Bachiario.—Invasión de los bárbaros: establecimiento de la monarquía visigoda.—Decadencia general.—Algunos varones dignos de mención especial en esta época.

Escasas han sido las noticias que, antes de ahora, hemos podido reunir respecto al estado de la Elocuencia cristiana en nuestra patria.

Reconocido como un hecho indudable la venida á España del Apóstol Santiago: confirmada con datos irrecusables la misión de San Pablo, entre los hijos de este suelo esclarecido (1), viene despues una série de hombres ilustres, que aumentan el catálogo de los escogidos del Señor, que derra-

(1) Cayet. Cenni, *De Antiq. Eccl. Hisp.*, dis. 1, cap. 2. «In Hispanias profectum esse (Paulum) hodie negare ausit nemo.» San Juan Crisóstomo, tom. X y XIII.—San Gerónimo, lib. IV sobre Isaias, y capítulo V sobre Amós.—San Teodoreto, coment. de la epíst. á los Filisteos.—Desembarco en Tarragona.—El señor Cortés, Dignidad de la Iglesia metropolitana de Valencia, ha reunido datos preciosos sobre este particular en un libro que titula: «Compendio de la vida del Apóstol San Pablo,» cuya adquisición recomendamos á nuestros lectores.

man su sangre en testimonio de su fé, pero de cuyos trabajos oratorios nada ó muy poco podíamos decir.

El concilio celebrado en Eliberi (1) al comenzar el siglo VI, nos muestra la alta importancia de la Iglesia española, su constitucion definitiva, el gran mérito de sus Prelados y la manera digna, enérgica y acertada con que desempeñan el ministerio augusto de la predicacion.

Ya por este tiempo la heregia habia logrado introducirse en el ánimo de los fieles: el imperio romano era impotente para impedir las correrias y frecuentes escursiones de pueblos estraños en esta, una de sus mas ricas provincias, y en tan críticas y azarasas circunstancias se percibe por vez primera clara y distintamente la voz de los Pastores de la grey santa, sus exhortaciones, sus consejos y sábias determinaciones, en esas célebres asambleas distintas de las conocidas antes, muy diversas de las establecidas despues.

La indiferencia, el desden con que nos han juzgado escritores estraños, debia ser estímulo en nosotros, y lo ha sido en efecto, para no omitir diligencia alguna, á fin de llenar un vacío que se hace sensible en los pocos que antes han escrito fuera de España acerca de la materia que sirve de tema á nuestro trabajo: nada dicen de los oradores ilustres españoles de los siglos medios, no obstante haber sido grandes maestros de oratoria cristiana, continuadores, en el primer período de la edad media, de la elocuencia de los Padres, iniciadores, en la segunda, del renacimiento de las letras y del saber; época durante la cual decae en nuestra patria el buen gusto, y se alza imponente y magestuoso el siglo de Luis XIV, verdadera maravilla, cuya brillante luz se esparce por todo el

(1) Eliberi dicen los códices, no Iliberis.

mundo, y en la que se fijan todos, principalmente al escribir las vicisitudes de la Elocuencia sagrada despues de la edad de oro, que en el libro primero acabamos de historiar.

Dar debíamos, pues, una verdadera importancia en este libro y en los primeros capítulos del tercero á la historia de la Elocuencia sagrada en España, no limitándonos á hacer mérito de los predicadores ilustres, sino tambien de los que con sus trabajos, con sus escritos contribuyeron eficazmente á difundir la semilla del Evangelio, á fortalecer los espíritus abatidos, á dar vigor al brazo del guerrero, conduciéndole á las acciones mas heróicas con solo el prestigio de su saber, de su virtud y la eficacia de su palabra.

Osio.

Basta pronunciar el nombre de este Prelado insigne á quien San Atanasio llama *Grande* (1). «Pater episcoporum magnus Osius,» para comprender cuán reprehensible hubiese sido el omitir su elogio en este momento; tarea en la que nos han precedido San Isidoro, San Agustin, Mariana, Florez, Maceda, Sanchez, Lafuente y otros muchos celosos escritores, que han hecho á este y á otros esclarecidos varones españoles la justicia que merecen, cimentando su fama y acumulando curiosos datos para apreciar hoy el verdadero mérito que les distingue.

Osio nació en Córdoba el año 256, y las historias particulares nada dicen de él, hasta su asistencia al concilio Eliberitano: se consagró Obispo á los treinta y ocho años, y rigió con habilidad suma la diócesis de Córdoba, que le habia sido encomendada por aclamacion unánime.

(1) San Atan. *Apolog. ad Const. et in epist. ad solit.*

La vida de este Padre de la Iglesia, grande entre los grandes, segun Florez, *Hosius vere Hosius* (1), segun Maceda, está llena de dolorosas contrariedades, que supo vencer con heróico valor, con alma grande y resignacion santa; no habiendo faltado quien hasta despues de su muerte, se ha permitido empañar su memoria y desvirtuar el gran prestigio de sus virtudes.

Osio se nos presenta hoy ante el severo fallo de la posteridad como un verdadero portento, como una maravilla de su siglo: su constancia en medio de los rudos combates que se vió precisado á sostener, su infatigable actividad, sus servicios á la causa de la religion, todo le eleva ante nuestra vista, y con orgullo nos es dable señalar á tan esclarecido Príncipe de la Iglesia española como una de las mas gigantes figuras de los primeros siglos del Cristianismo.

No entra en nuestro plan estendernos en detalles biográficos que nuestros lectores hallarán en muchas otras obras, y en especial en la del P. Miguel José de Maceda (2); basta recordar que Osio asistió personalmente al concilio de Eliberi, firmando el undécimo entre los Prelados asistentes; que resistió las sugerencias de Daciano, instrumento digno del emperador Diocleciano, hasta el punto «de llevar al sepulcro las señales de los tormentos sufridos por confesar la fé (3);» que supo aconsejar á Constantino, contribuyendo eficazmente á su conversion (4); que presidió el concilio Niceno, donde se con-

(1) *Hosio* en griego es *santo*.

(2) Impresa en Bolonia año 1700.

(3) Nicéforo, lib. 8, cap. 14.

(4) Eusebio, Noris, Cabasucio, Sozomeno y el gentil Zósimo.—En el año 321 se espidió una ley de *manumissionibus in Ecclesia*, no solo inspirada por Osio, sino dirigida á él. (Códig. Teodosiano, lit. 4, tit. 7.)

denó espresa y terminantemente el arrianismo (325), componiendo el símbolo famosísimo de esta asamblea, á la que asistieron trescientos diez y ocho Obispos; que presidió igualmente el sínodo general ecuménico Sardicense (347), más numeroso que el de Nicea; y que por último, murió el año 357 á la edad de ciento y un años, querido y respetado por todos y anticipándole la muerte los tormentos que le hicieron sufrir sus enemigos despues de un largo y penoso viaje (1).

Lo que principalmente nos corresponde encarecer en este libro, son los constantes afanes de Osio, sus desvelos en la propagacion de la doctrina evangélica y en la defensa y mantenimiento de su pureza; trabajos que son la corona mas relevante de sus virtudes, la protesta mas poderosa contra la sacrilega conducta de los que han osado calumniarle.

Aunque no fuese bastante el testimonio de San Agustin, San Epifanio, San Atanasio, San Isidoro y otros escritores de menor valía para vindicar á Osio de las calumniosas imputaciones que sobre él han lanzado sus enemigos los arrianos, donatistas y luciferianos, fuéralo el poder, la magia, el influjo de su elocuencia. «Nada haremos, escribian los arrianos, mientras Osio esté en pié; si este persevera en su Iglesia, puede decirse que ningun Obispo ha sido desterrado, porque sola *su palabra y la autoridad* de su fé, son capaces de arrastrar *al mundo* contra nosotros.» He aquí un testimonio irrefutable: asi hablaban los enemigos de Osio obrando de buena fé, y tal nos muestra la tradicion unánime al gran Obispo de Córdoba.

Poco despues de celebrado el concilio Eliberitano, comen-

(1) «Verbera et tormenta infligerunt seni,» dice Sócrates escolástico. (Lib. II, cap. 31.)

zó en España la persecucion de Daciano (1), durante la cual no quedó en nuestra pátria, dice un historiador, piedra por mover. Amenazas, seducciones, tormentos, todo se empleó contra los Principes de la Iglesia y sus queridos hijos: Córdoba, Toledo, Alcalá de Henares, Avila, Calatrava, Búrgos, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Evora, Mérida, Sevilla, Cádiz, Málaga, Gerona, Barcelona, Lérida y otras provincias, pagaron su tributo de sangre en aras de la tiranía y la impotente saña de sus verdugos (2): Osio derramó la suya en Córdoba, por lo que San Atanasio acusa á los arrianos de haberse atrevido á calumniar y perseguir al que estaba revestido de la gloria de haber confesado á Cristo (3).

Durante la persecucion de Diocleciano, el Obispo de Córdoba, el gran Prelado cuya apología será siempre inferior á su mérito, trabajó mucho en defensa de la verdad: sus discursos se han perdido, pero no el fruto de su ardiente palabra, de sus peroraciones, que evidenciado y comprobado está de un modo indudable.

Alejandro fué testigo de la sabiduría y elocuencia singular de Osio; en sus disputas con Arrio, en sus conferencias con San Alejandro, mostró su celo, su caridad, su energía, su valor; y si no pudo vencer el orgullo del fanático sectario, destruyó su aparente prestigio y aniquiló para siempre su poder.

(1) D. Nicolás Antonio, *Biblioteca H. Vetus*, lib. I, capítulo 1.—Florez, *Esp. Sag.*, tomo X.—*Memorias de la R. A. de la Hist.*, tomo VII.

(2) Véase á Masdeu, *España romana*, tomo VIII; á Morales, *Crónica general*, tomo II, y á Florez, *España Sagrada*, tomo III.

(3) En la carta del concilio Sardicense, se lee: «Episcopi simul congregati, et in primis præclara senectute Osius, homo et ob ævi longitudinem et confessionem suam, et ob tantos suos labores omni reverentia dignus.»

Restituido á Córdoba diferentes veces despues del destierro, ó de vuelta de los concilios, hizo prodigios con la eficacia de sus discursos y el prestigio de sus virtudes: Osio preparó no solo para la Iglesia de España, sino para toda la cristiandad, dias de legítimos triunfos y satisfacciones santas: él fué uno de los grandes operarios del Evangelio en los momentos mas gloriosos de la palabra evangélica, y no hubiéramos vacilado en colocarle al hablar de los Santos Padres, si esto no hubiese alterado algun tanto el orden, el método de nuestros estudios.

¡Feliz el suelo que vió nacer á un Prelado tan ilustre! ¡Feliz el historiador que puede reivindicar para su pátria glorias tan legítimas, que otros se han olvidado de poner en relieve!

Osio pronunció discursos, compuso libros, escribió *Cartas*, verdaderos monumentos de esa elocuencia augusta, imponente, magestuosa, que dulcifica las pasiones, trasforma la ferocidad del salvaje, y lleva á la humanidad por la senda del bien sin violencia y sin la ridícula y presuntuosa ostentacion de los falsos reformadores de todos los siglos y las edades.

Tanto y tan grande era el prestigio, la importancia de Osio, cuyas cartas eran tenidas en la tierra como bajadas del cielo, que los arrianos llegaron á incitar fuertemente á Constancio para que le persiguiese, sin tener en cuenta sus muchos años, «que esta faccion no repara en respetos, decian, y si á este no derribas, no podremos prevalecer.» Condescendió el débil emperador á sus ruegos, se olvidó de las contestaciones que en Milán le habia dado el santo Obispo, obligándole á permitirle volver á su Iglesia, y se atrevió á amenazarle de nuevo si no abjuraba del símbolo de su creencia.

Las nuevas amenazas de Constancio, motivaron el monumento único de la elocuencia de Osio, que reconocemos sufi-

ciente sin embargo para hacernos ver, no solo el espíritu y libertad sacerdotal de Osio, como dice San Atanasio, su panegirista, sino el nervio, la solidez admirable, la gran distincion de ideas, la precision escelente de su elocuencia, como dice Sanchez.

¿Con qué vigor estrecha á Constancio y defiende la causa de la religion, que era la de Atanasio y la suya? Quien así hablaba al emperador, ¡cómo hablaria á los fieles en tiempos tan desgraciados y calamitosos! esclama oportunamente Dupin (1). Lean los jóvenes con detencion, mediten, analicen en las escuelas la carta de Osio á Constancio, y se convencerán de que aun es pálido el débil elogio que de su elocuencia acabamos de hacer.

«Ya era yo confesor cuando tu abuelo Maximiano movió contra nosotros horrible persecucion. Si tú escitares otra, pronto estoy á sufrir cuanto quieras antes que derramar la sangre del inocente, ni ser traidor á la verdad. Tampoco puedo aprobar tu conducta en lo que me escribes, ni intimarme pueden tus amenazas. Deja, pues, de escribir semejantes cosas, y no sientas con Arrio, ni des oidos á los orientales, ni creas á Valente y á Ursacio; porque sus dichos no miran á Atanasio, sino al triunfo de la heregia.

Créeme á mí, que por la edad podia ser tu abuelo. Halléme en el concilio Sardicense cuando tú y el difunto Constante, tu hermano, nos convocásteis; y yo mismo incité á los enemigos de Atanasio á que propusiesen lo que tenian contra él, prometiéndoles una y otra vez seguridad de que no miraria mas que lo justo, y que si no querian que el punto se tratase en el concilio, á lo menos le ventilasen ante mí, asegurándoles que si resultaba culpa de parte de Atanasio, yo

(1) *Bibliot. Scrip. Eccles.*, sec. 4.—Cardenal de Aguirre, *Conc. Hisp.*, tomo II.

mismo le condenaria, y por último, que si mostraba su inocencia, y ellos le recusaban, yo le persuadiría á que conmigo se viniese á España. Atanasio asintió á estas condiciones; pero ellos, desatendiéndolas, se retiraron.

Llamado despues Atanasio por tus cartas y atudiendo á tu córte, pidió tambien que se citase particularmente á cada uno de sus enemigos (que se hallaban en Antioquia) para que en su presencia arguyesen ó fuesen redargüidos, y no anduviesen acusando al ausente. Pero, aun intimádoles por tí mismo, no se redujeron á las propuestas. ¿Por qué, pues, das nuevamente oídos á los calumniadores? ¿Por qué sufres á Valente y á Ursacio que, de palabra y por escrito, han confesado la calumnia, sin ser violentados para ello, pues no había soldados, ni tu hermano el emperador sabia nada de esto? Ellos voluntariamente pasaron á Roma, y delante del Obispo y de los presbíteros hicieron su confesion por escrito, habiendo tambien enviado carta pacífica y de amistad á Atanasio. Si pues ahora les conviene alegar que hubo fuerza, teniendo esto por malo, y si tú no lo apruebas, bien puedes omitir la violencia no escribiendo cartas, ni enviando ministros, sino restituyendo á sus sedes á los desterrados, no sea que por quejarte de la fuerza usen ellos en tu nombre de mayor violencia. Por ventura, ¿hizo algo de esto Constante? ¿Qué Obispo fué desterrado de su imperio? ¿Cuándo se mezcló en los juicios de la Iglesia? ¿Qué ministro suyo estrechó á nadie para que suscribiese contra otro?

Ruégote, pues, que desistas, y te acuerdes que eres mortal: teme el día del juicio, y consérvate puro para aquel día. No te mezcles en las cosas de la Iglesia, ni nos mandes sobre puntos en que tú debes ser instruido por nosotros. A tí te fió Dios el imperio, á nosotros la Iglesia; y así como el que mira mal á tu imperio contradice las órdenes divinas, del mismo modo guárdate tú de hacerte reo de un gran crimen, adjudicándote lo que toca á la Iglesia. *Dad*, dice Dios, *al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*. Por tanto, ni

á nosotros nos es licito tener imperio en la tierra, ni tú, que eres emperador, gozar de potestad en las cosas sagradas.

Escribote esto por interés de tu salvacion; y en orden á lo demás que contiene tu carta, recibe esta mi sentencia. Yo no convengo ni favorezco á los arrianos, antes bien anatematizo su heregia, ni suscribo á las acusaciones contra Atanasio, á quien así yo como la Iglesia Romana, y el sínodo general, declaró inocente; y aun tú, cuando te hallaste bien informado, llamaste á Atanasio y le diste facultad para que se volviese honrado á su pátria é Iglesia. ¿Qué motivo tienes hoy para tanta mudanza, no habiéndose mudado los enemigos? Los mismos son ahora que antes; y cuanto ahora vocean, callaron al tenerle presente. Murmuraban y susurraban eso mismo antes que los llamasen; pero cuando yo los estreché á que alegasen pruebas de sus acusaciones, segun te he dicho, no pudieron exhibir alguna. Si hubieran podido probar algo, no hubieran huido tan feamente. ¿Quién, pues, te ha hecho olvidar de tus cartas y palabras despues de tanto tiempo?

Contente, pues, y no des oídos á los malos, ni te hagas traicion á tí mismo por la mútua complacencia de unos con otros; porque de lo que ahora condesciendes con ellos, has de dar cuenta en el juicio estando solo. Ellos te buscan á tí para injuriar á sus enemigos, escogiéndote por ministro de su malicia, para sembrar por tu medio en la Iglesia una detestable heregia. No es de prudentes arrojarse al peligro cierto por servir á la liviandad agena. Repórtate y óyeme, Constancio, pues esto es lo que á mí me toca escribir y á tí no despreciar.»

San Isidoro, en el cap. V de «*Viris illustribus*,» dice que Osio escribió una carta á su hermana con hermoso y elegante estilo, y una obra interpretando las vestiduras sacerdotales del Antiguo Testamento con mucho ingenio y propiedad.

Estos y otros escritos de Osio eran leídos en todo el muudo.

Lo defienden, á mas de los que hemos citado, Baronio, Aldetre, Mendoza, Aguirre y Gomez Bravo, cuyas obras pueden consultarse en confirmacion de cuanto hemos escrito.

SAN GREGORIO BETICO era Obispo de Iliberia cuando Osio regresó del Oriente á su Iglesia: fué uno de los Prelados que se mantuvieron firmes en el simbolo de fé, lo que motivó su destierro á Sirmio, opinion que algunos contradicen, en nuestro entender, sin fundamento.

San Gregorio fué consagrado Obispo antes del año 357, y su constancia en no firmar lo pactado en Rimini le hizo muy estimado: San Eusebio le escribió una afectuosa epístola desde la Tebaida, aplaudiendo su adhesion al concilio Niceno.

Dextro le atribuye obras diversas, que una sana critica ha reconocido como apócrifas (1): San Gerónimo, dice de este Prelado español, que escribió diferentes tratados en mediano estilo, y un elegante libro de la *Fé* (2): este libro que, durante mucho tiempo, se pensó ser el mismo que publicó Aquiles Estacio el año 1575 con el título de *Trinitate* (3), no es desconocido.

Los críticos han discutido largamente acerca de la verdadera estimacion del libro de la *Fé*, siendo la opinion mas unánime que su mérito era indisputable.

Nada mas sabemos de este digno y sábio Obispo, á quien hemos citado, siguiendo la opinion de autores respetables, y entre ellos, como hemos dicho, el mismo San Gerónimo.

(1) Véase á don Nicolás Antonio, *Bibliot. Vet.*, tomo I, libro 2.º

(2) San Gerón., de *Script. Eccl.*, cap. 105.

(3) Esta obra es de Faustino, presbítero Luciferiano.

SAN PACIANO, sucesor de Pretestato en el gobierno de la Santa Iglesia de Barcelona, nos es mas conocido como orador sagrado que San Gregorio Betico, afirmando escritores respetabilísimos que fué uno de los Obispos mas elocuentes de su siglo.

Debióse á la fácil y persuasiva palabra de San Paciano el que Barcelona permaneciese tranquila en medio de la turbacion general, que, segun hemos dicho, habian causado en la Iglesia de España las heregias. Cursó las escuelas mas celebradas y aprendió mucho en el mundo, segun él mismo afirma en una de sus cartas á Simproniano, estimables monumentos literarios llenos de claridad y pensamientos oportunos y levantados.

Predicó muchas Homilias sobre temas diversos, escribió un tratado sobre la Penitencia, *Parænesis ad Penitentiam*, varios discursos sobre el *Bautismo* y uno que San Gerónimo titula del *Ciervecillo*, porque tuvo por objeto combatir la costumbre que tenian algunos fieles de disfrazarse con los gentiles en las Kalendas de Enero con pieles de toda clase de animales, siendo de notar que despues de este trabajo de San Paciano los concilios no se ocuparon de combatir estas fiestas, prueba de que el santo Obispo consiguió que por lo menos perdiesen su prestigio é importancia. No es cierto que San Gerónimo dedicase á Dextro, hijo de Paciano, el libro de los *Escritores eclesiásticos*, sino á otro sugeto de este nombre.

San Gerónimo, en el capítulo CVI de sus *Varones ilustres*, hace el elogio de San Paciano en los siguientes términos: «*Pacianus in Pirenæi jugis Barcinonæ Episcopus, castitate et eloquentia et tam vita quam sermone clarus, scripsit varia opuscula, de quibus est Cervus et contra Novatianos. Sub*